

**Asamblea de Educación 2016**  
**“100 AÑOS SEMBRANDO ESPERANZA”**  
Quebrada de la Virgen, Los Teques, 27 al 29 de abril



## **Espiritualidad ignaciana**

### **Algunos apuntes para los tiempos de crisis e incertidumbre**

**ALFREDO INFANTE, S.J.**

#### **I. PREÁMBULO**

Se suele decir que San Ignacio (1491-1556) vivió una primera etapa de su vida embebido de mundo y con una consciencia marginal de Dios; un segundo momento embebido de Dios y de espalda al mundo; y un tercer momento, el de su madurez espiritual, amando a Dios en el mundo, “*en todo amar y servir*”, con una pasión por Cristo que le lanza al mundo y una pasión por el mundo que se consume en Cristo. Este tríptico es un proceso, no son momentos aislados. Su biografía fue un camino de fe, por eso, cuando él la resume nos dice, con ternura, que Dios lo fue llevando de la mano como un maestro de escuela lleva a un niño. Él se dejó llevar y, en esa relación en la que tuvo que vencerse a sí mismo, nos legó el discernimiento espiritual como camino de liberación y la certeza experiencial de que Dios se comunica directamente con el corazón humano, para enviarlo a transformar la realidad que vive, junto a otros, como un fuego que enciende otros fuegos.

#### **II. IGNACIO Y SU TIEMPO**

A Ignacio le tocó vivir, como a nosotros, un cambio de época. El signo de su tiempo era de transición epocal. La edad media feudal, estamentaria, teocéntrica, envejecida, llegaba a su otoño y se resistía a morir en el corazón de sus líderes, en la orfandad y miseria de las mayorías y en sus instituciones. El espíritu en la historia irrumpía en el corazón de hombres emblemáticos y sectores nacientes, como la burguesía, pujando por el nacimiento de una nueva época. Los nuevos descubrimientos ponían en entredicho las grandes certezas y verdades en las que se fundamentaban las relaciones, los modos de producción, el imaginario colectivo y la institucionalidad medieval. Van surgiendo nuevos paradigmas de comprensión, de relación, de imaginación y de producción económica. La razón se emancipa y pone bajo su lupa todas las certezas y dogmas; desconfía de lo establecido. Es tiempo de crisis y el teocentrismo medieval va dando paso al antropocentrismo de la modernidad. Emerge la conciencia individual como valor.

La imprenta (1440) dio inicio a un proceso indetenible de democratización del conocimiento y de la comunicación, que llega hasta nuestros días, y sigue avanzando ahora exponencialmente, en su versión virtual, con la revolución de las telecomunicaciones. Para el momento, la biblia fue el primer libro que se editó (1450) y más tarde se publicaría en lenguas vernáculas, trastocando los cimientos del estatus quo en la iglesia católica y dándole un mayor vigor a los movimientos de reformas con la popularización de la lectura de la biblia.

Copérnico (1473-1543) y su “giro copernicano” resituó la relación del hombre con el universo; ahora no va ser el sol el que gira alrededor de la tierra como se creía hasta entonces sino la tierra la que rota alrededor del sol. Esta conquista científica puso en evidencia la ingenuidad del conocimiento sensible, colocando en entredicho todas las certezas que se fundamentaban ciegamente en él. La razón científica, perseguida por el poder de la inquisición, indetenible, seguirá avanzando hasta nuestros días, abriendo nuevas posibilidades y fronteras para el conocimiento y el desarrollo humano

El descubrimiento de América (1492) nos introdujo en la novedad de la redondez de la tierra. Buscando nuevas rutas se cayó en cuenta de que la tierra no es plana, sino redonda, y que el mundo en definitiva es ancho y ajeno con nuevos horizontes inexplorados tanto geográficos, políticos, económicos, científico, antropológicos y religiosos. La conquista de los nuevos territorios reconfiguró también las relaciones económicas y políticas entre los reinos de europeos y, entre estos y la iglesia. Emergió una nueva geopolítica y con ella la academia comenzó a teorizar sobre las relaciones entre los nacientes Estados modernos, dando origen a los fundamentos del derecho internacional con Francisco de Vitoria (1483-1546). Del encuentro con las nuevas culturas surge una pregunta antropológica clave que será asunto de discusión en los grandes centros académicos europeos: ¿son o no son humanos los habitantes de las nuevas tierras? Los debates entre Sepúlveda vs Montesino y Bartolomé de Las Casas son emblemáticos porque de la respuesta a esta pregunta dependerá el modo de relación que Europa establezca con las nuevas culturas y el paradigma evangelizador de las misiones. También, podríamos decir que la guinda de este proceso fue la vuelta al mundo de Magallanes (1519-1522) que nos introdujo, definitivamente, en la primera globalización.

Todas estas novedades desafían al espíritu humano, pero también lo llenan de incertidumbre y de resistencia, debido a que todas las verdades que parecían inamovibles y eternas se desmoronan y se pierden los pisos y las seguridades desde los cuales se entendía el mundo, la vida y sus relaciones. En la iglesia se perfilan dos tendencias contradictorias, por un lado hay sectores dominantes que se resisten al cambio y procuran impedirlo persiguiendo a través de la inquisición a las personas más significativas de esta novedad en ciería, y, por el otro lado, van surgiendo experiencias personales y comunitarias nuevas, que entran en esta novedad histórica de manera discernida como San Ignacio, Santa teresa, San Juan de la Cruz y Santo Tomás Moro entre otros. Es tiempo de crisis, de incertidumbre, de miedos, de creación, de emancipación, de invención; va surgiendo una nueva consciencia y entramos en el pórtico de la modernidad.

La humanidad emprende un dinamismo de encuentros y conflictos que le llevará progresivamente hasta nuestros días a una conciencia individual y universal. Esta semilla está ya presente en Ignacio y sus primeros compañeros, quienes por su experiencia común de los ejercicios espirituales y la inmersión en el mundo universitario de su época, tienen la sabiduría de contemplar la redondez de la tierra, para encarnarse en la historia, descubrir y desatar las posibilidades de salvación; así como las tres divinas personas contemplan y envían al hijo para la redención del género humano. Es importante apuntar aquí que Ignacio hace dos peregrinaciones: una interior, que le lleva a la impronta ignaciana de la valoración del sujeto personal que se trasciende a sí mismo desde dentro para discernir y sintonizar con el Espíritu de Dios, y otra externa, que le lleva a recorrer y conocer el mundo de su tiempo con toda su diversidad y a estudiar en los principales centros académicos de Europa donde se suscitaban los debates intelectuales más fronterizos de su tiempo. Ambas peregrinaciones son dos caras del mismo proceso. En resumen, podríamos decir que interioridad y mundo son amasados en un corazón que arde en deseo de entregarse radicalmente al seguimiento de Jesucristo.

Es en este escenario de tránsito a una nueva época (cuyos signos son la emancipación de la razón respecto a los dogmas y la religión; la experiencia personalizada de la fe que cuestiona tanto el aparato religioso de la Iglesia como el deterioro en el testimonio de vida del clero y la vida religiosa; la incertidumbre ante la novedad que emerge rompiendo fronteras y ampliando los horizontes tanto científicos, geográficos, culturales, económicos, políticos, existenciales, de fe...) donde se va configurando la experiencia espiritual de Ignacio y sus primeros compañeros. Es en este contexto que les toca discernir el paso de Dios por la historia, y en esto pondrán todo su empeño para propagar la fe en Jesucristo, partiendo fundamentalmente de la formación del sujeto a través del acompañamiento de los ejercicios espirituales, para que la persona, experta en humanidad e inserta en el mundo, logre descubrir y activar las posibilidades de creación y vida que esta nueva época entraña y ordenarla para mayor gloria de Dios, porque “el bien cuanto más universal, mejor”.

En síntesis, Ignacio y sus compañeros no se centraron en los miedos y resistencias propios de una época que se resistía a morir, sino que por el contrario, fueron hombres que supieron leer de manera discernida los signos de los tiempos y dialogaron con los desafíos que la nueva época exigía para propagar la vida que la fe en Jesucristo entraña, entendiendo la redondez de la tierra y todas las fronteras que se estaban abriendo tanto económicas, social, científicas, culturales, antropológicas, geográficas, teológicas, políticas, etc., como la viña que el Señor les había encomendado. Los jesuitas, desde sus inicios, incursionan en diversos campos del saber y se expanden por el mundo con la convicción de que nada humano le es indiferente y la moción fundamental de “amarte a ti Señor en todas las cosas y a todas en ti”.

### **III. EL DISCERNIMIENTO COMO CAMINO PARA AFRONTAR LA REALIDAD INCIERTA**

Ignacio por experiencia propia estaba convencido que la triada “conocer, amar y seguir a Jesucristo” propia de los ejercicios espirituales era el camino para la formación de sujetos capaces de vivir de manera personalizada y discernida la fe, capacitándolos para responder con fidelidad creativa a los desafíos de un mundo que se abría y complejizaba cada vez más.

Por eso, cuando enviaba a una misión nunca daba recetas para ser aplicadas al pie de la letra, sino algunos criterios fundamentales que servían de brújula para el discernimiento e iban configurando un modo común de proceder entre sus compañeros, con énfasis en la libertad responsable, veamos:

- Sugiere “Actuar desde la ley interna de la caridad” convencido como Pablo de que Dios ha derramado el espíritu en nuestros corazones y ese espíritu hace que, junto con toda la creación, gimamos dolores de parto esperando el día en que se manifieste nuestra condición de hijos y hermanos (Rm 8,22). Dejarnos llevar por el fuego interior del espíritu del señor en nuestros corazones implicará “vencer el propio querer e interés” porque no todo lo que existe en nuestras entrañas es ley interna de la caridad.
- Como maestro en humanidad, por experiencia propia, sabe que los seres humanos somos pecadores y, muchas veces, nuestro propio querer e interés, las bajas pasiones, y las motivaciones inconscientes nos conducen, como confiesa San pablo, a no hacer el bien que queremos, sino el mal que no queremos (Rm 7:19), por eso, consciente de nuestra consistencia frágil y valorando eximamente la inteligencia humana como potencia natural y don de Dios, Ignacio sugiere que nuestra praxis sea “desde la discreta caridad”, es decir,

desde el amor pensado, sopesado y acrisolado en el fuego de la inteligencia, pues no bastan las buenas intenciones, ni el impulso por el bien, porque como dice el refrán popular “de buenas intenciones está lleno el camino del infierno”. En un tiempo donde está emergiendo una nueva época, el ejercicio de la razón que discierne es imprescindible, inclusive, para encauzar la fuerza más sublime y creadora del corazón humano: el amor.

- Ahora bien, para Ignacio el discernimiento no es un acto intimista, ni tampoco un ejercicio moral en busca de la perfección, es, sobre todo, un diálogo entre el sujeto, Dios y la realidad histórica. Se trata de descubrir el paso de Dios en la historia. Es necesario mantener los ojos abiertos. Dios actúa “según persona, tiempo y lugar” y a nosotros nos toca secundar su designio para “en todo amar y servir”.
- Toda esta apertura al mundo (considerando persona, tiempo y lugar) Ignacio la asume desde el misterio de la encarnación que tiene, como actitud fundamental, la contemplación misericordiosa del mundo y la historia, y como horizonte trascendental, el seguimiento del Cristo pobre y humilde de los ejercicios. Esta actitud contemplativa del mundo y de Jesús, lo sitúa en la relación sacramental con los pobres, porque para él: “la amistad con los pobres, nos hace amigos del rey eternal”. Pero no se trata solo de una amistad. Esta relación con los pobres es también una perspectiva irrenunciable de conocimiento (epistemológica). Por eso, cuando envía a dos de sus compañeros al Concilio de Trento les da esta recomendación “vayan a Trento, pero vivan en los hospitales”. En Trento se está discutiendo el destino de la iglesia y, en cierta medida también, el del mundo. Trento es un lugar importante de incidencia religiosa, pública y política. Ignacio sabe por experiencia propia que los lugares y las relaciones influyen en nuestra perspectiva sobre los asuntos que reflexionamos, por eso, pide a los jesuitas que vivan en los hospitales, para que se cuiden de no perder la perspectiva evangélica y misionera del Cristo pobre, que le ha robado el corazón en la experiencia de ejercicios. Es importante considerar que, para la época, los hospitales no sólo eran el lugar donde se atendían enfermos, sino también la institución que albergaba a los sin techos, a los desamparados, a los huérfanos; es decir, era el lugar por excelencia de los excluidos, el reverso de la historia. Así, los jesuitas entran a dialogar con los grandes temas, problemáticas y desafíos del tiempo pero viven entre los pobres y excluidos; es que se trata sobre todo de seguir al Cristo pobre y humilde de los ejercicios y, desde esta perspectiva, aportar al debate de los grandes asuntos epocales.

#### **IV. HOY ¿QUÉ SIGNIFICA SEGUIR A JESÚS AL MODO DE IGNACIO?**

Hoy, como en tiempos de Ignacio, vivimos un cambio de época. Nos adentramos en un tiempo lleno de inmensas posibilidades de vida y de humanización pero, paradójicamente, nunca antes habíamos estado tan cerca de una gran catástrofe producida por nuestra irresponsabilidad en la relación con los demás y con el planeta. El Papa Francisco, con sus dos encíclicas, El Evangelio de la Alegría y la Laudato Sí, nos pone a contemplar las bendiciones y las maldiciones de esta época que emerge y en la que somos arte y parte, corresponsables. El evangelio de la Alegría nos sitúa en el horizonte de la fraternidad humana-universal, que se consuma en Cristo y que la iglesia está llamada a vivir y proclamar en las entrañas del mundo desde la opción por los pobres. La “Laudato sí” recoge el grito de nuestra hermana-madre tierra y nos introduce en la fraternidad Universal con la creación, que la Iglesia, junto a todas las religiones, hombres y mujeres de buena voluntad, está llamada a un diálogo salvífico, que evite la catástrofe y nos introduzca en un nuevo paradigma de

relación. Es el paradigma del cuidado vs el paradigma depredador. No se trata, pues, de resistirse al cambio en ciería, sino por el contrario, de discernir desde lo que somos y hacemos y desde donde estamos, cómo contribuir a encauzar toda esta energía hacia la fraternidad universal de los hijos e hijas de Dios; la misma que invocamos en el Padre Nuestro y que creemos desde nuestra fe que se consume en Jesucristo.

Cada día se abren nuevas fronteras comunicacionales, científicas, éticas, antropológicas, culturales, políticas, ecológicas... Estos nuevos ámbitos de relación y comunicación están incluso reconfigurando el cerebro humano y haciendo cada vez más vertiginoso el distanciamiento cultural intergeneracional. Un nuevo sujeto está emergiendo y las instituciones parecieran resquebrajarse en un esfuerzo por responder y adecuarse pero llegan a sus límites. Todo esto desafía nuestra fe y nos exigen dialogar y repensar de manera creativa nuestros modos de relación y praxis, tanto personales como institucionales.

Si en la modernidad emergió el sujeto con conciencia individual y universal, en nuestro tiempo el sujeto está más lleno de posibilidades para su desarrollo humano, pero al mismo tiempo, como nunca, se encuentra tan amenazado por las ideologías, los fanatismos, las mafias y los totalitarismos tanto de estado como del capital, para muestra un botón:

*“Nunca antes en la historia de la humanidad se había estudiado con tanta precisión y competencia técnica la posibilidad de apoderarse de los seres humanos, no sólo con la brutalidad de las armas y de los calabozos, sino con la luminosidad estelar de la seducción que promete la dicha, y lleva a pagar sumas cuantiosas con gusto para ser esclavizados con glamour. Se ve con horror la guerra y se denuncia con toda razón la destrucción de los pueblos. ¿Pero cómo desenmascarar las trampas disfrazadas de ángeles de luz? Ya no son las catedrales el corazón de la ciudad, sino los centros comerciales con la abundancia exhibida entre la magia de la luz y del cristal, accesible a las tarjetas de crédito, donde se crea cada día la cultura del consumo, del entretenimiento, del bienestar, donde parece que la humanidad se redime al fin de sus miserias. ¡Se ha recreado el paraíso!”*

El Papa Francisco ha venido insistiendo en la centralidad del conocer y amar al Jesús del evangelio, en la primacía de la dignidad de la persona humana, en el diálogo, en el reconocimiento, en la inclusión, en la misericordia, y, sobre todo, en la búsqueda del bien común, denunciando la cultura del descarte y la inviabilidad del actual modelo de desarrollo global que está depredando al planeta y desechando a los pobres de la tierra. Nos toca dialogar con estas orientaciones desde nuestros contextos según persona, tiempo y lugar.

A lo anterior se suma que vivimos en un país dividido, resentido y herido, cuyo gobierno ha decidido cerrarse a las dinámicas mundiales más virtuosas y se ha empeñado en un proyecto político-económico inviable que nos ha hecho retroceder en el tiempo, conduciéndonos a una opacidad histórica y a un deterioro antropológico sin precedentes. Hoy no vivimos, sobrevivimos, subsistimos.

Tenemos pues, un doble desafío, por un lado, discernir nuestra misión como educadores cristianos en esta nueva figura histórica que emerge globalmente y, en segundo lugar, discernir alternativas para contribuir a la superación de la crisis, reconciliar y poner a nuestro país a la altura del tiempo. Ambos discernimientos son impostergables. Contamos con el tesoro de la espiritualidad ignaciana que, como hemos visto, ofrece un camino que ayuda a los sujetos a acrisolarse y relucir, trascendiendo en medio de las crisis e incertidumbre que se presentan en la historia, descubriendo el paso de Dios y activando las posibilidades que darán a luz una novedad histórica, por eso, el lema

de este centenario es: “Jesuitas, cien años sembrando esperanza”. Este ha sido el tono espiritual y apostólico de nuestra Provincia, del que estamos profundamente agradecidos.

## **V. ALGUNAS CLAVES DEL PROCESO IGNACIANO PARA CONSIDERAR EN NUESTROS CENTROS EDUCATIVOS**

1. Formación de un sujeto denso, solidario, capaz de discernir el paso de Dios por su historia. San Ignacio puso todo su empeño en acompañar a la persona para que esta se encontrara consigo misma y con Jesucristo. Mantuvo la certeza de que Jesucristo se comunica con cada corazón humano y que este encuentro con el Señor Jesús, nos lleva a trascender a una vida auténtica y solidaria con los demás y con la naturaleza. Repetía Ignacio, de muchas formas, que si no había “sujeto” capaz de discernir, la persona se extraviaba y quedaba atrapada en las redes y cadenas del mal espíritu y del poder del mundo. Es pues imprescindible esta apuesta.
2. En este proceso de constitución del sujeto, a la persona le nace el deseo de vivir en comunidad y trabajar en equipo en una misión común al servicio de los demás. La experiencia de los primeros compañeros tuvo como denominador común que, al ser cada uno tocado por Jesús, se encendió un fuego interior que los llevo a soñarse juntos, como compañeros, para seguir a Jesús y comunicar su evangelio al mundo. Hoy, un fruto visible de que un joven va creciendo como sujeto es que comienza a juntarse con sus pares para fines nobles al servicio de los demás y, al mismo tiempo, va experimentando que esta relación le nutre y le hace crecer como persona y le lleva al encuentro con Jesús. Jesús no sólo llama sino que convoca, nos pone a caminar junto a otros.
3. Este proceso de “salida de sí” hace que el sujeto solidario comience a indignarse ante las injusticias y a sentir pasión por la justicia y cercanía a los pobres descubriendo, con Ignacio y sus compañeros, que “ser amigo de los pobres es ser amigo del rey eterno”. Las experiencias afectivas de solidaridad con los pobres son necesarias, para ordenar la sensibilidad hacia nobles causas.
4. El dialogo con la realidad y, especialmente con la realidad de los más pobres, le provoca al sujeto una sed de estar a solas con Jesús, escuchar su palabra, dialogar con él, decidir a la luz de su palabra, procurando sintonizar con su Espíritu en la historia. Poco a poco, Jesús comienza a ser progresivamente el centro del ser y hacer del joven. Nace, como una llama interior, una pasión por Jesús y por el mundo, que despierta lo mejor de sí y que comienza a ser el tono vital: “un sentir y gustar de las cosas internamente”, “una mística de los ojos abiertos”.

### **Cabría preguntarnos:**

¿Hasta qué punto nuestros centros educativos, con sus programas y proyectos, están dialogando con los asuntos y desafíos de nuestra época, más en particular con los retos que nos plantea la Venezuela de hoy de cara al futuro? ¿Afrontamos la realidad incierta con espíritu de discernimiento? ¿Cómo lo hacemos? ¿Es nuestra prioridad la formación del sujeto denso y solidario, capaz de discernir el paso de Dios por su vida, para ponerla al servicio de los demás? ¿La pastoral es solo un departamento o es un espíritu que permea todas las dimensiones educativas, procurando la formación de un sujeto crítico con interioridad densa? ¿Cómo está la centralidad de Jesús en nuestra praxis educativa? ¿Tenemos buenas prácticas que compartir?